

***Informe al Congreso del Sindicato de Trabajadores de los  
Transportes  
León Trotsky  
20 de octubre de 1923***

(Versión al castellano desde *Cahiers Léon Trotsky*, número 55, marzo de 1995, páginas 37 a 58; con excepción de los párrafos entre dobles corchetes, que están traducidos por Vicent Blat desde “Report to the Eighth All-Russia Congress of the Transport Workers’ Union October 20, 1923”, en León Trotsky, *Materials and Documents on the History of the Red Army, The Military Writings and Speeches of Leon Trotsky How the Revolution Armed, Volume V: The Years 1921-23*, en formato pdf sin numeración, en [Trotsky Internet Archive](#) (descargado el 1 de abril de 2024). Informe taquigráfico del VIII Congreso del Sindicato de Trabajadores del Transporte.)

[[¡Camaradas! Un informe sobre la situación internacional abarca hoy en día una gran variedad de temas, y lo hace, por así decirlo, a diversos niveles. Nuestras relaciones internacionales con los países capitalistas de Europa y América se desarrollan, con vacilaciones en uno u otro sentido, muy lentamente, en conjunto, en la dirección del reconocimiento de la Unión Soviética y del desarrollo de las relaciones económicas con nosotros. Pero, hoy se abren paso en este lento proceso acontecimientos de un orden muy diferente. En primer lugar, está la revolución alemana. No me pedirán ustedes que les haga hoy una exposición detallada de nuestras relaciones internacionales en el sentido estrictamente diplomático de la palabra, porque todas esas cuestiones están pasando ahora a un segundo plano bajo la influencia de hechos de importancia colosal que tienen su centro en Alemania.

Para completar mi preludio, me limitaré a señalar que tanto Norteamérica como Europa están entrando de nuevo en una fase de crisis comercial e industrial. Europa apenas salió de tal crisis hace dos años. Norteamérica, sin embargo, ha experimentado en los dos últimos años un tremendo auge en el comercio y la industria, de modo que no ha tenido necesidad de mercados exteriores y pudo abandonar tranquilamente a Europa, incluidos nosotros, a nuestra propia suerte. En ese periodo el capital estadounidense nos dio la espalda. Pero ahora, desde hace unos meses, han aparecido en Norteamérica síntomas de crisis comercial e industrial. El mercado interior es insuficiente: Norteamérica necesita un mercado exterior: Europa en su conjunto no puede proporcionar este mercado, ya que su poder adquisitivo está cayendo. Nuestro poder adquisitivo ha aumentado recientemente, aunque sea lentamente. De ahí el gran aumento de la atención y el interés del capital norteamericano por la Unión Soviética. Este hecho puede resultar de gran importancia para nuestro desarrollo económico, pero, aun así, ha pasado a tener una importancia secundaria o incluso terciaria, porque el comportamiento de Norteamérica, como el de toda Europa, y el nuestro, dependerá, ante todo, inmediata y directamente de la forma en que se desarrollen los acontecimientos en Alemania, de cómo se desarrollen y de cómo terminen.]]

Hace algunos meses emitimos algunas sugerencias en cuanto al ritmo al que se desarrollarían los acontecimientos alemanes. Pero ahora ya no hay necesidad de apostar. Los acontecimientos se desarrollan en Alemania ligados uno al otro, como en un engranaje. Y cuando ahora vemos Alemania, incluso a través de las lentillas de los telegramas de Rosta, de la prensa alemana y de nuestra prensa (es decir, cuando los vemos desde lejos), vemos de forma clara y nítida un mecanismo preciso de acontecimientos revolucionarios desarrollándose. Alemania ya ha entrado en un período de revolución

inmediata y directa, es decir de lucha por el poder del estado, entre las clases fundamentales de la sociedad. Evidentemente no voy a exponeros en detalle las condiciones que hacen posible la revolución y que garantizan su éxito. Sólo recordaré las grandes líneas. Para que sea posible una revolución proletaria es preciso, en primer lugar, determinado nivel de desarrollo de las fuerzas productivas; en segundo lugar, el proletariado debe haber adquirido determinada importancia numérica y ejercer determinado papel en la producción; y, finalmente, existe eso que se llama la premisa subjetiva, es decir que el proletariado debe querer tomar el poder y saber cómo hacerlo. Alemania está presta para la revolución proletaria desde hace años y años. La técnica industrial alemana es más avanzada y más concentrada que cualquier otra del mundo y puede sostener la comparación incluso con la estadounidense. El proletariado industrial alemán, que cuenta con 15 millones sobre una población de 60 (incluyendo a los niños y personas de edad), constituye la inmensa mayoría de los habitantes del país. Es preciso añadirle los tres millones de obreros agrícolas. Lo repito, aquí tenemos un país en el que el proletariado constituye la aplastante mayoría de la población.

Pero, en lo que atañe a las condiciones subjetivas para la revolución (la necesidad de que el proletariado quiera tomar el poder y sepa cómo hacerlo), faltaban esas condiciones. Faltaban antes de la guerra imperialista, que es el motivo por el que se produjo esa guerra. Faltaban en noviembre de 1918, cuando, tras la derrota del ejército alemán, el poder pasó a manos de los socialdemócratas. En esa época también avanzaba la clase obrera espontáneamente hacia el poder, pero en las décadas precedentes había creado a partir de sus propias filas una superestructura de partido, el partido socialdemócrata alemán, que absorbió a la élite de la clase obrera; y esa superestructura devino, a su vez, rehén de las clases dirigentes, se vio transformada; se convirtió en un aparato para domesticar y contener a la clase obrera. Y se produjo en Alemania el hecho que el proletariado estaba en el poder por mediación de los socialdemócratas; pero los socialdemócratas, llegados al poder, se consideraron no como los representantes revolucionarios del proletariado sino como una agencia política de la burguesía. Tal fue el sentido de la revolución del 9 de noviembre de 1918. Conforme con toda su naturaleza y su espíritu, la socialdemocracia alemana pasó el poder, poco a poco, a la burguesía.

Y solamente cuando la situación interior, en sus aspectos económico y financiero, devino completamente desesperada, la burguesía llamó a los socialdemócratas al poder y formó de nuevo una alianza con ellos.

Esta es la historia de los últimos meses, en los que una coalición entre la burguesía y los socialdemócratas ha estado formalmente en el poder en Alemania. El partido comunista se formó sólo tras la derrota en la guerra, a partir de grupos clandestinos. A diferencia de nuestro partido, con su cuarto de siglo de tradiciones revolucionarias y su temple adquirido en la lucha clandestina, el partido comunista en Alemania, es decir el partido revolucionario auténtico del proletariado, es una creación de los últimos años. La clase obrera alemana fue engañada en noviembre de 1918. Es natural que tenga una actitud de espera frente a la política del partido comunista alemán, dejándole que se dé a conocer, que se pruebe en la acción y que gane la confianza de los obreros. Con la impaciencia revolucionaria de un joven partido, el partido comunista alemán intentó tomar el poder sin preparación. Fue en marzo de 1921. Este fue un cruel error. El Tercer Congreso de la Internacional Comunista<sup>1</sup>, en julio de 1921, le dio al partido alemán una lección tan severa como sana. Les dijo a los camaradas alemanes: “Vuestra tarea no

---

<sup>1</sup> *Cuatro primeros Congresos de la Internacional Comunista. Tesis, manifiestos, resoluciones*, en nuestra serie *Tercera Internacional. Internacional Comunista. Cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista y otros materiales*.

consiste en la lucha directa por el poder sino en el combate para ganarnos la confianza de la clase obrera.”

A algunos camaradas alemanes, y también a algunos camaradas rusos, esta lección del Tercer Congreso les parecía oportunista, contemporizadora, y no suficientemente revolucionaria, pero ahora no hay en Alemania ni un solo comunista que no reconozca que esta lección era saludable. Después (en 1921, 1922, 1923), el partido comunista alemán ha dominado plenamente la táctica bolchevique, es decir la combinación de la determinación revolucionaria auténtica con el realismo, teniendo en cuenta sólidamente el estado de las relaciones y de las perspectivas. Bajo la consigna del frente único de la clase obrera, después del gobierno obrero y campesino, el partido alemán está a punto de ganar paso a paso la confianza de sectores cada vez más importantes de la clase obrera. Y desde la ocupación del Ruhr por Francia, en el curso de este año, cuando la economía alemana, privada de acero y carbón, se ha visto metida en un callejón sin salida, cuando el carácter desesperado de la situación ha devenido completamente evidente, cuando los partidos burgueses, combatiéndose sin esperanza, han perdido todas las opciones, en este período, el partido comunista aparece cada vez más ante la clase obrera como el único dirigente, el único salvador posible, no solamente del proletariado sino de todo el pueblo alemán.

Desde ese momento, y particularmente desde julio de este año, ha quedado claro que la revolución alemana se acerca a las puertas de la historia. Y ahora se plantea el interrogante: ¿qué ocurrirá en el momento decisivo? El partido comunista alemán, tras haberse ganado la confianza de la mayoría de la clase obrera, ¿se mostrará capaz, encontrará en sí mismo bastante temple, potencia, voluntad y resolución para llevar a buen puerto una insurrección armada y para apoderarse del poder luchando? Este período se ha caracterizado por discusiones y debates sobre qué es una revolución (qué significa un levantamiento armado). Durante algún tiempo, el partido comunista alemán ha esperado impacientemente a la revolución como a una cosa objetiva e importante que iba a llegar. Los elementos más conscientes de sus filas y de las de la misma Comintern planteaban la cuestión así: la revolución ya ha llegado, ya nos envuelve, pero precisamente para que no pase por nuestro lado o salte por encima de nuestras cabezas, nosotros, en tanto que partido, tenemos que plantear la tarea inmediata de aplastar al enemigo en una batalla revolucionaria abierta. Para aplastar al enemigo es preciso oponerle una fuerza organizada, es preciso tener un plan de lucha y, finalmente, es necesario tener tras de sí determinadas etapas de la lucha, más tarde, hay que plantear un plan de agitación, de propaganda y de previsión de los acontecimientos, un plan para los choques militares (revolucionarios), para el levantamiento armado<sup>2</sup> y para la toma del poder.

Pasar de la agitación y la propaganda a la lucha directa e inmediata por el poder siempre es un proceso muy doloroso para cualquier partido revolucionario. Una cosa es combatir para influenciar a las masas por millones, y otra muy diferente, tras haberse puesto a la cabeza de esos millones, es comenzar la tarea inmediata, bajo las condiciones y circunstancias determinadas, con un enemigo determinado, llevar a buen fin un levantamiento, tomar el poder. Entonces la vanguardia obrera debe dar un terrible salto adelante, político y psicológico, para desprenderse de la esfera puramente propagandística de trabajo a fin de dirigir a la clase en la realización de un gran cambio social.

Sabéis camaradas que, en nuestro país, ese giro no se realizó fácilmente o simplemente, a pesar del hecho que nuestro partido tenía un temple infinitamente más grande y una experiencia más revolucionaria que el partido en Alemania. Es de temer que

---

<sup>2</sup> “¿Es posible fijar un horario preciso para una revolución o una contrarrevolución?”, en esta misma serie de nuestras EIS.

en Alemania las vacilaciones internas en el partido comunista sean más substanciales, más importantes y, por tanto, más peligrosas de lo que fueron las nuestras en vísperas del 25 de octubre de 1917. Pero el partido alemán tiene una cosa que nosotros no teníamos: en primer lugar, tiene nuestra experiencia y, en segundo lugar, tiene la ayuda ideológica de la Internacional Comunista. Gracias a ello, ha solucionado sin duda alguna más fácilmente sus dificultades internas (incluso si se tiene en cuenta que ya las ha solucionado profundamente) de lo que lo habíamos hecho nosotros hace seis años. Hasta donde puedo juzgar, de lejos y en la medida en que uno puede hacerse una idea clara de lo que está ocurriendo, el partido comunista ha adquirido ahora la necesaria resolución si se trata de llevar a buen puerto la tarea del partido y del proletariado, a saber: la toma del poder.

Las condiciones objetivas para la lucha inminente ¿son o no son favorables? ¿Cuáles son las previsiones, los augurios? Antes de las batallas tan decisivas, camaradas, por supuesto que jamás es posible calcular las fuerzas precisamente y menos aún sacar una conclusión precisa. Si esto fuera posible cuando se trata de batallas sociales, tales batallas no tendrían lugar nunca. A menudo he tenido ocasión para referirme a la simple consideración según la cual, incluso cuando un grupo de obreros entra en huelga contra un capitalista, es imposible saber precisamente, de antemano, cómo acabará esa huelga. Cada lucha desarrolla sus fuerzas internas: éstas tienen una influencia sobre la marcha, provocan simpatía o ausencia de simpatía entre los otros obreros, simpatía de un capitalista hacia otro, etc. Si ocurre esto en una huelga, ¿cómo debe ser en una revolución del proletariado en la que se ven comprometidas fuerzas colosales, numerosas, inconmensurables (en la que lo que está en juego es un país de 60 millones de hombres)? En ese caso, camaradas, es imposible decir de antemano que la victoria está absolutamente garantizada.

Precisamente por esa razón, la revolución, el combate, devienen inevitables. Precisamente por ello sólo con la revolución, con el levantamiento armado, se puede alcanzar la victoria y es imposible predecir el resultado con precisión. Pero, al mismo tiempo, en los conflictos, tanto militares como revolucionarios, se puede y debe estimar la relación de fuerzas, los recursos reales y, en consecuencia, las posibilidades reales. En lo que concierne a los efectivos, a los del enemigo, los de dos campos opuestos, por nuestra parte hay una aplastante superioridad. Ya he hablado de ello: un proletariado industrial con la fuerza de 15 millones, altamente cultivado y centralizado a causa del mismo carácter de la industria alemana, constituye una fuerza como ninguna otra de tal dimensión ha entrado jamás antes en la arena revolucionaria. ¿Qué hay por la otra parte? Hay un capital trustificado, centralizado y la gran propiedad terrateniente y las escuadras fascistas de combate que subsisten a su costa, escuadrones que no son solamente dependientes en el plano teórico sino completa y directamente de Stinnes. El fascismo es la organización de combate del capital comercial e industrial, financiero a gran escala, bancario, en Alemania, que, a su vez, se encarna en Stinnes. En el sentido preciso de la palabra es el patrón, el dictador de Alemania. Se ha hablado de la concentración de la industria según Marx, expuesta en los manuales: hemos hablado de su tendencia a reducirse a un pequeño número de magnates del capital, etc.; y ahora en Alemania existe una situación en la que el patrono, el patrono económico del país, es esencialmente un solo hombre (Stinnes). En Alemania existe un ejército ilegal, un ejército fascista del que diversas fuentes de información nos indican unos efectivos de entre 200 a 400.000 combatientes y este ejército está financiado por Stinnes. La prensa alemana está en sus manos, etc. Es la fuerza de base del capital concentrado; que ha creado su propio ejército, exactamente como en nuestro país en la época zarista, tras 1905, los señores formaban unidades reclutadas entre los inguses o los circasianos, los elementos más ignorantes del

Cáucaso. El fascismo es la organización de los inguses de Stinnes para la defensa de la propiedad privada, de la bolsa, del capital, etc. ¿Qué hay en medio? Entre el proletariado revolucionario y los fascistas hay capas de la pequeña y mediana burguesía, arruinada y medio minada, la intelectualidad, arruinada o arruinándose y también elementos relativamente considerables, aunque sin llegar a constituir ni una débil minoría, de la clase obrera. En la cúspide del estado, en su organización y su prensa, la socialdemocracia todavía es una gran potencia, pero ahora ya sólo refleja el poder de ayer: su apoyo, la masa de la clase obrera, desaparece bajo sus pies día a día y hora a hora. Los últimos telegramas, los últimos despachos de Alemania, dan con precisión una muy clara imagen de ese proceso. Voy a hablar un poco de ello cuando llegue a la cuestión de Sajonia. El núcleo democrático central es el kerenskysmo alemán: a su derecha el fascismo, a su izquierda el comunismo. Ese núcleo central no cesa de estrecharse porque los obreros, y no solamente los obreros sino también amplias capas de la burguesía e incluso de la intelectualidad y del campesinado (por no hablar del proletariado rural), cada vez se desplazan más a la izquierda. Elementos del bloque democrático central rompen por la derecha y se dirigen hacia el fascismo, en el que ven la salvación, y se observa un crecimiento de los extremos con una intensificación de las contradicciones y debilidades del centro. Por ello el gobierno central en Alemania es ahora una miserable ficción. El parlamento alemán, el Reichstag, ha abdicado de sus poderes a favor del gobierno que ha elegido. Si nosotros, comunistas, necesitábamos una demostración, una prueba suplementaria, de la completa descomposición del democratismo, del parlamentarismo burgués, ésta sería el parlamento alemán, un órgano democrático, elegido sobre la base del sufragio universal etc. Cuando se le pidió un esfuerzo máximo, se suicidó y le dio plenos poderes excepcionales al gobierno que él mismo había creado (y ese gobierno a su vez remitió los plenos poderes a Seeckt: Seeckt nombra a sus generales plenipotenciarios, en particular a Müller en Sajonia). En nuestro país, Kolchak salió de la Asamblea Constituyente de Ufa; en Alemania ha sido del Reichstag democrático, como si fuera con un juego de manos, del que sale el general Seeckt y de Seeckt proceden otros hijuelos con la forma de generales, Müller y el resto. El parlamento se debilita ante nuestros ojos y con su extinción llega la del kerenskysmo alemán, la del democratismo alemán. Mucho más, camaradas; se ve cómo Alemania se desintegra geográficamente según las fuerzas sociales que predominan en cada región particular. Hoy en día no existe una Alemania unificada. Ya no menciono, incluso, ni el hecho que alrededor de 12 millones de habitantes de Alemania estén bajo dominación enemiga, la ocupación enemiga, sobre todo francesa, sino que los 48 o 50 millones que quedan no forman ya una entidad social y un estado unidos. Está Baviera, son alrededor de 9 millones, que ahora es un estado independiente. A su lado, en el norte, está la pequeña Turingia y al noreste Sajonia. Turingia y Sajonia conjuntamente tienen una población de 7,5 a 8 millones, si mi memoria no me falla, es decir un poco más que Baviera. En Baviera está en el poder el fascista Kahr, que es el lazo de unión entre los fascistas (el partido del príncipe Ruprecht) que quieren romper y abandonar Alemania y los que quieren una Alemania unida (el partido de Seeckt, Ludendorff, etc.). Pero, como tanto los separatistas alemanes, es decir aquellos que quieren romper, como los fascistas alemanes, aquellos que quieren restaurar la unidad alemana, desean ante todo defender la propiedad privada, existe un puente entre ellos y sobre ese puente se mantiene el dictador bávaro von Kahr. Desde este punto de vista, algunos camaradas, desde nuestras reuniones en Moscú, me han enviado una pregunta por escrito pidiéndome que conteste si nuestros camaradas de allí no están actuando de forma oportunista: esos comunistas que, tras numerosos años de lucha sin merced contra la organización menchevique, contra los socialdemócratas, se les han unido en un mismo gobierno.

Incontestablemente, a primera vista, es una iniciativa sorprendente. Sin embargo, es justa y da testimonio del éxito político colosal que esta coalición representa para nosotros. Voy a hablar de ello, pero en primer lugar quisiera recordaros que nosotros mismos no somos impecables desde este punto de vista. En el momento del pusch de Kornílov, el camarada Lenin escribió en el órgano central de la época que los bolcheviques proponían un compromiso, es decir que, bajo determinadas condiciones, señores mencheviques y s-r formaremos un bloque con ustedes. Ni los mencheviques ni los s-r lo hicieron: les quedaba muy poco tiempo antes de morir y no querían acercarse al momento. Pero la propuesta se hizo. Y después de octubre, inmediatamente después, formamos un gobierno de coalición con los s-r de izquierda. Todavía está fresco en todos los recuerdos. El bloque con los s-r acabó, sin embargo, trágicamente. En un momento dado, una parte del consejo de comisarios del pueblo y una de las comisarias s-r de izquierda, se encontraron en uno de los edificios pertenecientes entonces a la Checa, descargando abusos sobre el Kremlin. Yo he visto con mis propios ojos esos abusos. Esta finalización de la coalición no estaba incluida, evidentemente, en el programa en el momento de su formación; pero si se hace el balance se demuestra que salimos ganando pues el estallido de la coalición significó al mismo tiempo la liquidación del partido s-r de izquierda. Nuestro partido dominó la situación. Por ello, bajo determinadas condiciones (cito este caso para clarificar la situación), incluso la entrada de los comunistas en una coalición con un partido esencialmente pequeñoburgués que conserve aún la lealtad de una parte de los obreros y campesinos, es una iniciativa que, aunque oportunista en apariencia, es revolucionaria por esencia. Es una acción decidida para acelerar el desarrollo, para acercarse a la ruina del partido con el cual hemos establecido una coalición. Lo que se ve en Sajonia es el mismo fenómeno, aunque bajo condiciones diferentes. Sajonia es un país habitado por el proletariado textil, una parte muy compacta, densamente poblada, de la Alemania. El proletariado sajón es muy revolucionario. El partido socialdemócrata de Sajonia, bajo la presión de su proletariado, es la parte más a la izquierda de todo el partido socialdemócrata. Lanzamos la consigna de frente único y los trabajadores socialdemócratas, particularmente en Sajonia, exigen que se realice. Bajo su presión, esos socialdemócratas de izquierda (que en su mayoría son artículos de calidad dudosa) se han visto, sin embargo, obligados a entrar en un frente único, un bloque para constituir en Sajonia y Turingia gobiernos de coalición. Hemos entrado en ellos en minoría: los nuestros tienen dos carteras (una de ellas se encarga de los asuntos del consejo de ministros), y los otros tienen la mayoría. Pero el mismo hecho de la formación de un gobierno de coalición en Sajonia significa un golpe mortal para la socialdemocracia alemana. Ahora se puede decir con toda la confianza, y los hechos más sorprendentes aportados por el correo de hoy no dejan lugar a dudas. De hecho, sabéis muy bien el profundo apego que siente un trabajador hacia la primera organización que le ha despertado, que lo ha elevado y organizado, haciendo de él un ser consciente. Ese sentimiento de un lazo íntimo (los trabajadores alemanes lo sienten hacia el partido socialdemócrata). Ese partido los ha traicionado, pero al mismo tiempo, por otra parte, bajo los Hohenzollern, los educó e ilustró, y es muy duro para los obreros romper con él, incluso para aquellos que saben que su partido marcha por una mala vía. Por ello, a pesar de las traiciones y de la bajeza de la socialdemocracia alemana, la masa obrera, descontenta, refunfuñando, empujando a su partido hacia delante y hacia un lado, no ha roto con él, sin embargo, no ha dado el paso que le habría llevado fuera y hacia el partido comunista. Es un paso muy doloroso para un obrero que durante años ha estado ligado a una organización determinada, y ahora ve que no es necesario para él dar ese giro de forma tan abrupta. Que los trabajadores vean que los comunistas, a los que los socialdemócratas han denunciado como a un partido que significa la ruina para Alemania

y la clase obrera alemana, un partido con el cual no se puede tener nada que ver en común, cuyos miembros son vasallos de Rusia, etc.; que comprueben que los comunistas están en una región determinada de Alemania en el mismo gobierno y en las mismas centurias combatientes junto a los trabajadores socialdemócratas. El muro que la socialdemocracia ha construido y consolidado con celo entre ella y los trabajadores comunistas, ahora lo hemos derrumbado y, como la masa de los trabajadores socialdemócratas es psicológicamente favorable a una política revolucionaria, desde que apareció la brecha en el muro se dirigen hacia los comunistas. Esto ocurre de diversas formas. Cuando no se unen al partido comunista, se ligan a él ideológicamente, y cuando se le unen lo apoyan totalmente. He aquí los últimos hechos tras las noticias de hoy. En la ciudad sajona de Chemnitz (el lugar de nacimiento del gran verdugo Noske, proletario, obrero del tabaco, uno de esos proletarios-traidores de los que no han faltado en la historia de diferentes países), en Chemnitz pues, donde Noske era el patrón absoluto, donde gozaba de una confianza ilimitada, en Chemnitz, durante la primera semana de este mes, sesenta comités de fábrica formados por socialdemócratas, se han pasado al partido comunista. En Berlín, en Brandeburgo, en todo el país, la influencia del partido comunista ha aumentado de forma colosal en las últimas semanas. En lo concerniente a la socialdemocracia sajona, las noticias de hoy dicen de la organización socialdemócrata en Sajonia “geht in die Brüche”, es decir, que se cae a trozos. Los socialdemócratas, a saber, aquellos mismos que han entrado en la coalición con nosotros habrían podido ser, parece ser, los maestros de la situación, y si algunos comunistas de izquierda, que no tienen un pensamiento muy claro, dicen en Alemania que apoyan a los socialdemócratas sajones, entonces hay que decir que los apoyan como la cuerda al colgado. Políticamente, sin embargo, el resultado de la coalición es brillante en lo que nos concierne.

Pero esto no soluciona aún el problema. En Sajonia la influencia de nuestro partido es particularmente importante. Pero no estamos solos allí. En Sajonia también está el general Müller, y el general Müller tiene a la Reichswehr, es decir al ejército alemán. Por otra parte, gracias a una orden especial, ha colocado bajo sus órdenes a la policía sajona. Además, allí están las organizaciones fascistas clandestinas que se mueven hacia Sajonia y que existen allí también en cierta medida. El general Müller está a su cabeza. Invita al gobierno sajón a disolver las centurias obreras. El gobierno sajón, que tiene por base un Landtag muy democrático, rechaza hacerlo. El general Müller detiene a algunos dirigentes de las Centurias Proletarias. A su lado, existen otros hechos que resaltan la existencia en Alemania de una situación no prevista por ninguna constitución. El fascista Rossbach, que ha organizado motines etc., estaba en una prisión sajona y ha sido liberado. El gobierno sajón ha ordenado su arresto. El gobierno central de Stresemann no podía evitar confirmar esta orden: debía ser arrestado por una tentativa de revuelta contra el gobierno. Rossbach partió hacia Baviera, en el mismo país. Participó en reuniones públicas y gozó de la protección completa del gobierno bávaro. El gobierno bávaro, organiza en su territorio (al lado de la Reichswehr, el ejército oficial) un ejército fascista que financia con el dinero del tesoro del estado. El gobierno Stresemann, que tiene su sede en Berlín y ya casi es impotente, declara que no permitirá ningún golpe, de derecha ni de izquierda. En lo que concierne a Baviera, sin embargo, no osa elevar la voz mientras que en Sajonia apoya el lenguaje de los generales fascistas. El mismo gobierno no tiene ningún control sobre el ejército. Existen socialdemócratas en el gobierno de Stresemann. Los socialdemócratas pierden cada vez más terreno porque las masas se giran hacia los comunistas. Para no perder el último jirón de su influencia, los socialdemócratas tienen que pretender hacer creer que no apoyan la campaña contra Sajonia (pero la campaña contra Sajonia continúa). El *Vorwärts* escribe: “Exigimos el levantamiento del estado de sitio. Protestamos contra la campaña del general Müller contra Sajonia”. Pero el general

Müller es el agente de Seeckt, Seeckt ha sido nombrado por el gobierno Stresemann y el gobierno Stresemann incluye socialdemócratas. Ya veis, camaradas, no hay pies ni cabeza en esas relaciones de estado y de gobierno entre el gobierno Stresemann y los de las diferentes partes de Alemania. El caos recuerda un poco, e incluso mucho, a la forma como pasaban las cosas en vísperas de la revolución de 1917. Por una parte, estaba Kronstadt, que reconocía al gobierno bolchevique que todavía no existía en esa época (lo reconocía de antemano), por otra parte, estaba Petrogrado donde el sóviet era nuestro, pero por encima de él estaba el Comité Ejecutivo Central que incluía a Chekeidze y Tsereteli; estaba Ucrania con la Rada, los comisarios de Kerensky, las fuerzas armadas bolcheviques, etc. Todos daban ordenes unos a otros, nadie escuchaba las de nadie y todos se preparaban para el último enfrentamiento. Es la situación que existe ahora en Alemania. No falta más de cinco minutos para subir el telón. Pero levantar ese telón no es una tarea fácil. Los socialdemócratas no tienen ningún poder en Berlín, por supuesto. En el gobierno está Stresemann con quien Poincaré no quiere discutir (prefiere hablar con Stinnes) y que ahora es una cantidad imaginaria. Pero el general Seeckt es una cantidad real, y también el general Müller. ¿Por qué? Ante todo, porque tienen 100.000 soldados y 3.000 oficiales. Eso es todo lo que le está permitido tener al estado alemán bajo el tratado de Versalles. Como sabéis, los franceses han reducido el ejército alemán a una muy pequeña dimensión. Por otra parte, Alemania tiene 150.000 policías de los llamados “Schupo” o “Sipo” antes, estaban bajo la autoridad de las ciudades y de las administraciones municipales, pero ahora, bajo orden de Seeckt, están bajo la autoridad de la Reichswehr, el mando del ejército. Por otra parte, hay de 200 a 300.000 hombres de los batallones fascistas dirigidos por oficiales del estado mayor familiarizados con el arte de eliminar a masas de hombres y que conocen muy bien la red ferroviaria alemana, saben muy bien cómo desplazar un batallón de una punta a otra del país para aplastar a los obreros, privarles de sus dirigentes, etc. Es un enemigo peligroso, un enemigo que posee en Berlín una organización basada en fuerzas considerables desde un punto de vista social. Frene a ello está el proletariado, con una fuerza de 15 millones, que ha creado y armado a sus centurias en Sajonia y en todo el país. Ignoro cuántas centurias armadas hay, y por supuesto que si lo supiese por azar (pero no lo sé) no tendría ningún derecho a decirlo en una reunión pública. Hoy en día es un secreto militar del proletariado alemán (el número de sus centurias, de sus armas, dónde están). Entre estas dos fuerzas comenzará muy pronto, parece ser, una decisiva lucha por el poder. Los telegramas de hoy no informan de la ruptura de las relaciones entre Baviera y Sajonia: sin duda los habréis leído. Ambas forman parte de Alemania. Pero Alemania tiene su vieja constitución, es una federación de diferentes partes, cada una de ellas con su representación diplomática, y ayer Baviera y Sajonia rompieron las suyas. Baviera se lleva, y en gran medida ya se ha llevado, una parte de la Reichswehr con destacamentos fascistas. En la parte sajona de la frontera están las centurias sajonas. Durante este tiempo, el general Müller, ese agente del gobierno central o más exactamente del dictador Seeckt, ha llevado artillería a Sajonia. El gobierno sajón no obedece las órdenes de disolución de las centurias, por el contrario, llama a los trabajadores de todo el país a organizarlas. Las organizaciones sindicales de Berlín dicen que responderán con un llamamiento a la huelga general a cualquier tentativa de operación contra Sajonia. En respuesta a las bandas fascista que proyectan utilizar la red ferroviaria, los ferroviarios amenazan con hacer huelga. La situación no puede durar meses; probablemente no pueda durar semanas.

No sería sorprendente que mañana, o pasado mañana, recibiésemos los primeros telegramas sobre el principio de las batallas decisivas. ¿Cómo terminarán? Os he pintado un cuadro general (las fuerzas sociales, el estado de la organización, y he enumerado, por decirlo así, los efectivos del enemigo). Pero ¿qué va a suceder? Dependerá de la energía



del proletariado, de la resolución que muestre su partido, de su abnegación. ¿Tiene posibilidades de vencer el proletariado? Ciertamente. La relación de las fuerzas internas le es muy favorable, favorable para su victoria. No he mencionado (voy a mencionarlo para elucidarlo) el hecho que 100.000 soldados, es muy poco en un país de 50 millones. Están dispersados por el país y cuando se extienda a todo el país el movimiento revolucionario, cuando el país entre en efervescencia, esos 100.000 soldados de la Reichswehr, esparcidos en compañías y batallones, se sentirán como animales acosados. Entre ellos (incluso si es necesario considerarlos en general hostiles a los obreros), la mayoría son hijos de campesinos, entre ellos circularán rumores, inevitablemente se extenderá el pánico y, precisamente a causa de su pequeño número y de su aislamiento, ello puede partir la espina dorsal del ejército. La policía, en la mayor parte de Alemania, está compuesta por obreros pertenecientes a los sindicatos y que son socialdemócratas. No se han proclamado abiertamente como tales pues a los policías les está prohibido pertenecer a partidos políticos, pero pueden sindicarse. En Berlín, los policías son todos ellos socialdemócratas. A título de hipótesis, alrededor de un tercio de la policía nos combatirá; digamos que, en Baviera, alrededor de un tercio se mantendrá neutral y alrededor de un tercio se batirá junto a nosotros. Así, de forma general, la policía desaparecerá en tanto que fuerza real contra nosotros. En consecuencia, quedan las organizaciones fascistas. Los jefes de los batallones fascistas son combatientes contrarrevolucionarios profundamente endurecidos. Son miembros de los viejos cuerpos de oficiales alemanes que odian a la clase obrera y a la revolución con el secular odio de los esclavistas, de los opresores, de los junker, de los señores, de los capitalistas, etc. Se batirán sin piedad. Pero sus batallones están compuestos por hijos de burgueses, estudiantes, pequeños burgueses minados e incluso en parte por obreros de los más ignorantes, de los más desesperados, de los más patriotas del tipo del lumpen proletariado. Es una masa demasiado abigarrada y no se puede estar seguro de si, cuando llegue el momento decisivo, seguirán todos ellos a los jefes fascistas. Los hombres se unen ahora a sus batallones, algunos por desesperanza, otros para comer, pero en el momento decisivo, una fracción importante de este ejército se dispersarán al primer envite, sobre todo si el asalto revolucionario provoca dudas en la Reichswehr, el ejército legal, porque los batallones fascistas, por su acuerdo con el gobierno, forman parte de una organización oficial del ejército legal y así es como poseen un aparato centralizado. Si este aparato centralizado se parte en trozos bajo la presión de la tempestad revolucionaria, los fascistas devendrán otros tantos batallones dispersados, bandas guerrilleras. Es cierto que harán correr mucha sangre obrera, pero en ese caso, sus esperanzas de éxito, por no hablar de victoria final, serán muy pequeñas.

Esta es, camaradas, la situación interior. Indica que la cotización es favorable, muy favorable, para el proletariado alemán. Este último puede y quiere tomar el poder (todo lo indica). Será capaz de mantenerlo en función de la situación internacional. ¡Helas! He utilizado una hora entera de vuestro tiempo para la primera parte de mi informe, y voy a tratar de ser tan breve como me sea posible para la segunda. Planteo el interrogante: ¿el proletariado alemán mantendrá el poder estando dada la situación internacional? Alemania no está sola en el mapa de Europa. Sus vecinos son Bélgica y Francia, vecinos que son sus conquistadores, quienes la reducen a la esclavitud y la oprimen, con sus vecinos del sureste y del noreste, Checoslovaquia y Polonia. El resto de vecinos, como decimos, Holanda o, más allá del estrecho, Suecia, los países escandinavos o Suiza y Austria no tienen gran importancia. No pueden jugar ningún papel independiente y de forma general no intervendrán en la revolución alemana. ¿Quién puede intervenir? Gran Bretaña, y tras ella Francia con Bélgica, Polonia y Checoslovaquia. De ahí proviene el peligro. Y aquí la cuestión nos concierne

directamente, concierne a la Unión Soviética pues, por supuesto, si la revolución alemana lleva a una guerra europea, a una guerra imperialista, eso nos afectará directamente. Y nos es preciso evaluar la situación de forma que tengamos una clara apreciación de lo que nos depara el futuro.

He dicho que Gran Bretaña puede intervenir. Pero sobre este punto hoy en día tenemos que apreciar claramente la impotencia de Gran Bretaña frente al continente europeo. Es importante apreciarlo no solamente para la revolución alemana sino también respecto a nosotros mismos. Gran Bretaña está en una situación de impotencia frente a Europa. Cuanto más nos demos cuenta de ello y cuanto más clara y nítidamente repitamos, en ese sentido, que Gran Bretaña va a esgrimir menos amenazas y ultimátum, más útil será para nuestra política internacional. De hecho, Gran Bretaña es un estado puramente marítimo. Ha jugado un grandísimo papel en Europa. Pero ¿cómo y cuándo? Cada vez que dos países se batían por la dominación de Europa. Cuando Francia combatía contra Alemania, con fuerzas aproximadamente iguales, Gran Bretaña se mantenía detrás, ayudando, durante un largo período, tanto a una como a otra. Igualmente ocurrió cuando España era fuerte: Gran Bretaña la apoyaba igualmente, después la debilitaba. Gran Bretaña ha jugado ese papel durante siglos hasta ahora. Utiliza la lucha entre los dos estados más fuertes de Europa y apoya al que es ligeramente más débil, con dinero, asistencia técnica y productos, contra el más fuerte. Y el equilibrio entre potencias en Europa depende de ella. Recoge muchas satisfacciones a cambio de pocos gastos; es su

política secular. ¿Por qué intervino en la guerra de 1914? Porque Alemania había devenido demasiado fuerte. Alemania había devenido tan fuerte que Gran Bretaña debía abandonar su política tradicional. Tenía que arremangarse y comprometerse en la guerra, combatir. Llegó a ello movilizándolo a numerosos obreros británicos y lanzándolos sobre el continente europeo. El resultado ha sido que ha sostenido tanto a Francia que ésta ha acabado aplastando a Alemania. También ahora la hegemonía en la Europa burguesa pertenece casi exclusivamente a Francia. Alemania está postrada a sus pies y Francia no quiere ni tan siquiera discutir con ella sobre las condiciones de su rendición. Pero a partir del momento en el que Francia obtuvo una total hegemonía, un dominio completo, Gran Bretaña ya no tenía más recursos. Francia anunció: “Tomaré el Ruhr”. Gran Bretaña respondió: “No tiene ningún interés para mí”. Se ha producido al respecto un gran barullo que ha durado mucho tiempo. ¿Por qué no le interesaba a Gran Bretaña? Porque le era preciso reanimar un poco a Alemania contra Francia para restablecer el equilibrio de fuerzas. ¿Y qué ha hecho Francia? A pesar de las protestas de Curzon, ha entrado en el Ruhr y lo ha tomado. ¿Y qué ha hecho la terrible Gran Bretaña? Se ha resignado a lo ocurrido. La terrible Gran Bretaña ha amenazado a Turquía, pero los turcos, que tienen relaciones de vecindad con nosotros, han organizado un ejército, no sin nuestro apoyo.

¿Qué ha hecho Gran Bretaña? Ha enviado a los griegos contra ellos. No tiene absolutamente ninguna fuerza propia. ¿Qué han hecho los turcos? Han batido a los griegos y han marchado sobre Constantinopla, contra la terrible Gran Bretaña que se ha apresurado a dejar la ciudad.

Camaradas, desde el punto de vista de las relaciones internacionales este es un hecho muy importante de nuestra época. Gran Bretaña es impotente en el continente europeo. Por supuesto que no vamos a quejarnos por ello.

¿Qué puede hacer Gran Bretaña contra la revolución alemana? ¿Enviarle un ultimátum? Pero eso no será suficiente. En consecuencia, la cuestión se reduce a qué hará Francia, no Gran Bretaña. Si Francia decide intervenir, Gran Bretaña le podría ser útil ayudándola con el dinero que le haga falta, organizando el bloqueo de los puertos y del transporte marítimo alemán, etc. El papel de Gran Bretaña será el de un intendente y un pirata. Pero el papel decisivo, en el sentido de la ocupación de Alemania, tendrá que

jugarlo Francia y sus vasallos basados en tierra: Bélgica, Polonia y Checoslovaquia. ¿Es posible? ¿Se decidirá Francia a hacerlo? Esta es la cuestión fundamental.

Aquí también, camaradas, es imposible hacer profecías completamente precisas y decir: no, ciertamente no. Pero es preciso analizar la situación y nuestro análisis muestra que existen muchas razones para pensar que esto sería demasiado para Francia. Ocupar un país, un país en revolución, con una población de 60 millones, un país en el que el 59% de la población, si no más, vive en las ciudades y solamente una minoría en los pueblos rurales, un país cuadrículado por líneas férreas, eso no sería una tarea fácil. Nosotros tenemos aquí la experiencia de Ucrania. En grandes rasgos había unos 250.000 soldados alemanes y austrohúngaros. Ucrania no es Alemania: hay en ella pocas ciudades, la red ferroviaria está poco desarrollada y los alemanes no se aventuraron lejos de las ciudades y de las vías férreas. ¿Y cuál fue el resultado? Revueltas campesinas primitivas que se desencadenaron a su alrededor, los soldados alemanes se desmoralizaban mes a mes y, más tarde, esos soldados constituyeron los regimientos más revolucionarios durante la revolución alemana, cuando volvieron a su casa. Si se calcula bien (y no han faltado ocupaciones en la historia general y en nuestra época), si hacemos el cálculo, estableceremos una media y buscaremos cuántos soldados serían necesarios para ocupar una Alemania revolucionaria; ese cálculo nos dirá que una ocupación sólida exigirá 1.700.000 hombres. Es el ejército de tiempos de paz. Si se añaden los ejércitos de los vasallos europeos de Francia, se llega aún muy lejos del millón y medio. Pero camaradas, se necesita al ejército para otros objetivos además de para la ocupación de Alemania. Si Francia quiere ocupar Alemania y decide avanzar y hacerlo, le será necesario mantener a una parte de su ejército en su casa, para obligar a su propia clase obrera a aceptar esta ocupación. Después de todo, Francia no mantiene su ejército en tiempos de paz gratuitamente. Necesita mantener al menos medio millón de soldados en el país y las colonias. Este es el mínimo. Lo mismo sirve para sus vasallos. Con otras palabras, para que Francia sea capaz de decidirse a ocupar Alemania necesitaría decretar la movilización de al menos cinco o seis clases, como dicen los franceses. ¿Es factible? Todo indica que no lo es sin provocar una gran tensión, sin un conflicto interno muy serio. No olvidemos que en Francia no hay más de 39 millones de franceses. Ha perdido un millón y medio en la guerra imperialista. La población de Alemania ha aumentado muy rápidamente, pero la de Francia declina, lentamente, pero declina. No hay en Francia ni una sola familia que no haya perdido un hijo, un hermano, un marido o un padre. Para Francia, el llamamiento a filas de una sola clase no tiene el mismo sentido que aquí. Entre nosotros, una clase aporta un millón de hombres. Nuestro país es extenso, su población se multiplica, y aquí un millón de hombres es un pequeño efectivo mientras que, en Francia, con una población disminuida de 38,5 millones, una población a la que se le acaban de arrancar millón y medio de hombres, en la que faltan trabajadores (a causa de la falta de mano de obra joven hay ahora en Francia muchos españoles, italianos, polacos y checoslovacos), sería necesario movilizar franceses, campesinos franceses, y éstos están aplastados bajo los impuestos, pues la deuda nacional asciende a 300.000 millones. El campesino francés acaba ahora mismo de volver de las trincheras, pues allí se movilizaron, en el verdadero sentido de la palabra, a hombres de edad, a hombres de 45 años. No hace mucho tiempo que han vuelto a sus tierras, cargados de impuestos, y se les dice ahora que, tras su victoria final, completa y gloriosa, que les ha costado tan cara y por la que tienen que seguir pagando, todavía deben ofrecer 500.000 hombres para consolidar definitivamente esta victoria, con la perspectiva de una guerra europea.

Los comunistas franceses, los camaradas franceses, consideran que tal medida no se podría tomar sin una real coerción, es decir sin hacer correr la sangre, etc. Esto es una dificultad. Y, por otra parte, no será posible movilizar a un millón de soldados en

Alemania para forzar a Checoslovaquia y Polonia a enviar 750.000 hombres y mantenerlos a costa de una Alemania arruinada, pauperizada, a la que la ocupación empobrecería y reduciría todavía más. Ello significaría mantener, a costa de la misma clase obrera, soldados que, en el brasero de la revolución, se desmoralizarían como los soldados alemanes se desmoralizaron aquí. En breve, no se puede más que apreciar las dificultades de Poincaré. Por supuesto que no sería muy halagüeño para él si se desarrollase una revolución proletaria en sus puertas, junto a su casa (y su trabajo no es fácil).

Pero ello no significa, camaradas, que la burguesía francesa no acometerá ese trabajo en ningún caso. Cuando una clase acostumbrada a dirigir se ve amenazada de ruina no existe locura a la que no pueda recurrir. Y cuando analizo las condiciones de una ocupación lo hago para mostrar que su trabajo no es tan fácil y que, en ese caso, todo no está de parte de nuestros enemigos al 100% sino, por el contrario, solamente en un 25%, la historia nos concede el 75% a nosotros.

En cualquier caso, no puede haber duda que la burguesía francesa dudará todavía mucho tiempo. Antes de que se tome una decisión al respecto de una aventura tan diabólica se enfrentarán diversos grupos y partidos. En consecuencia, la revolución alemana tendrá un respiro de dos, tres o cuatro meses, y nosotros sabemos qué quiere decir eso. Obtener un respiro significa obtenerlo todo. Después está Polonia. Francia no puede hacer el trabajo sola: ciertamente necesita la ayuda de Polonia. ¿Puede intervenir Polonia? ¿Intervendrá? Aquí, camaradas, no puede uno hacer de profeta (es un papel ingrato en general como fue resaltado en los tiempos bíblicos) pero, para un marxista que analiza las condiciones concretas, no solamente es que le esté permitido, sino que le es obligatorio analizar las condiciones y predecir en lo que es más o menos probable. Aquí, a propósito de Polonia, en primer lugar y ante todo debo posicionarme contra las actitudes filisteas o las opiniones que a veces nos invaden y penetran en las filas del partido, según las cuales la guerra con Polonia es inevitable, que ya está decidida, casi sellada. Camaradas, si hemos de rendirnos a este fatalismo, de él no saldrán más que los peores desastres. En ningún libro, en ningún programa del partido, en ninguna parte está escrito que vayamos a estar en guerra con Polonia. ¿Está excluida tal guerra? No del todo. Desgraciadamente no. ¿Cuáles son las posibilidades que atravesamos en esta época en paz? Es imposible decirlo, pero pienso que las hay, precisamente por la misma razón por la que le sería tan difícil a Francia la ocupación de una Alemania revolucionaria. Ya he hablado de ello. Polonia ni pensaría en combatir por su cuenta, aislada: solamente puede ser arrastrada por Francia si se forma una coalición gigantesca para aplastar a Alemania y tras ello, probablemente, tratar de pasarnos por encima ese rulo compresor si el asunto deviene un plan gigantesco que englobe a toda Europa. Por ello mismo, Polonia no tiene ningún plan, aunque puede complacerse con la idea de explotar la intervención en los asuntos internos de Alemania para apoderarse de Dantzig y de Prusia Oriental, es decir para arrancar un trozo de oreja del oso con esta intervención. Es una política de pequeños criados. Pero la cuestión tiene otro aspecto, no menor para la revolución alemana, para Polonia y para nosotros, sobre todo de forma directa para nuestros campesinos. Hemos devenido un país exportador de trigo: todo nuestro futuro para los próximos años, en el sentido económico, depende de nuestra capacidad de exportar trigo. Nuestras malditas tijeras que, estos últimos meses, no se han cerrado, sino que se han abierto, podemos cerrarlas de dos formas (mejorando el estado de nuestra industria, donde existen muchas cosas insatisfactorias, y aumentando las exportaciones del trigo de los campesinos, elevando así el precio del trigo en nuestra casa). Para exportar nuestro trigo nos faltan canales, por tierra o por mar. Alemania es para nosotros el mercado más importante para el trigo de nuestros campesinos. Sin nuestro trigo, el trabajador alemán no puede

sobrevivir y la revolución soviética no se mantendrá. Estados Unidos no la alimentará, y, se la alimenta, eso será como lo hizo el tercer, cuarto y quinto años de la república soviética. Si tal calamidad debe hacer que Alemania sea alimentada por el trigo del ARA, el trigo filantrópico estadounidense, ello no se producirá antes de un cierto intervalo; pero el primer año de la revolución, el mercader estadounidense no dará, ciertamente, trigo a la república alemana. Gran Bretaña, muy probablemente, decretará el bloqueo de los puertos alemanes, como hizo con los nuestros. Se mantiene, pues, una sola posibilidad para suministrar grano ruso a Alemania, grano de nuestra Unión Soviética. Hay dos canales por los que esto se puede hacer: por mar (eso no será sin peligro pues Gran Bretaña reina en los mares) y por vía terrestre, a través de Polonia. Así, nuestro trigo es una cuestión de vida o muerte para la revolución alemana, exactamente como el mercado alemán es una cuestión de vida o muerte para nuestro propio desarrollo económico. Necesitamos al mercado alemán para nuestro trigo y necesitamos productos alemanes, productos de la industria alemana, para nuestros campesinos y obreros. De forma general, no existen en el mundo dos países cuya estructura económica e intereses sean tan complementarios como lo son la Unión Soviética y Alemania; un país superindustrializado con un alto nivel de técnica y cultura, y nosotros mismos, con nuestros espacios ilimitados, nuestras potencialidades sin desarrollar, y nuestro retraso técnico, el bajo nivel de nuestra cultura. Una unión práctica entre estos dos países, en el plano económico y en el resto, constituiría la más gran potencia que haya existido jamás en el mundo. Pero entre nuestros dos países está Polonia. Uno se puede convencer fácilmente de este hecho mirando un mapa, y los diplomáticos polacos lo hacen de vez en cuando y se convencen de ello. Este hecho hace mucho más seria a la situación internacional actual. Todo se reduce a una simple petición comercial de libertad para transitar libremente hacia Alemania, hacia occidente: nosotros concederemos a la industria de Lodz el tránsito hacia Persia para sus manufacturas y todo lo que se quiera. La libertad de tránsito. Cuando esas cuestiones se exponen en la prensa polaca, muchos hombres políticos responden que no es posible, que no se puede obligar a Polonia a colocarse ella misma entre las tenazas, entre Rusia y Alemania. No es del todo convincente, pues esas tenazas son un hecho geográfico. Existen: un estado no puede moverse de allí dónde está. Polonia vive donde está, entre nosotros y Alemania. Cuando estábamos negociando con Polonia en Riga les propusimos que a una determinada parte de nuestro territorio se le diera una frontera común con Alemania, que se nos diese un acceso directo a Alemania. Por supuesto que así habríamos perturbado mucho menos a Polonia. Pero Polonia, beneficiándose de la presencia de Wrangel en nuestra retaguardia, todavía no vencido, nos presentó condiciones inauditas que nos vimos obligados a aceptar y por la fuerza de esas condiciones nos vimos cortados de Alemania. Ahora nos separa Polonia.

Bajo esas condiciones, sin embargo, Polonia puede jugar dos papeles: el de puente entre nosotros y Alemania, o el de barrera, de muro infranqueable, entre nosotros y Alemania. Ello depende de los políticos de Polonia. Preferiríamos que Polonia jugase el papel de puente. Sobre ese puente podría colocar barreras de peaje y exigir que quien atravesase el puente pague un derecho elevado de tránsito. Estamos dispuestos a pagarlo. Polonia disfrutaría de todas las ventajas de su posición geográfica entre las tenazas: pero si prefiriese devenir una barrera entre nosotros y Alemania, ello significaría que quiere hacer padecer hambre a los obreros alemanes y privarnos de nuestra salida al mercado europeo, por tanto, al mercado mundial. La cuestión no se puede plantear así. La cuestión del libre tránsito hacia occidente es una cuestión de vida o muerte tanto para nosotros como para la clase obrera alemana. ¿Lo permitirá Polonia? ¿Por qué lo rechazaría? ¿Por qué la burguesía polaca no tomaría esta iniciativa que le reportaría beneficios y le

ahorraría también a Europa occidental algunas espantosas complicaciones? Entendemos por tránsito, por supuesto, el derecho real a transitar, es decir que tenemos que tener la posibilidad de enviar nuestro trigo a Alemania sin interrupciones, y para que ello ocurra Polonia no debe estar en guerra ni contra nosotros ni contra Alemania, nuestro lazo desaparecería y no podríamos transportar nuestro grano. Debe producirse, pues, un doble compromiso de no injerencia en los asuntos alemanes. Un programa simple y claro. Ello debe convertirse en nuestro planteamiento con Polonia. ¿Es esto un programa de paz o de guerra? Absolutamente un programa de paz. Digo muy en serio que para nosotros la guerra sería una terrible prueba y que debemos tener clara consciencia de ello. Comenzamos justo ahora nuestra convalecencia, estamos lejos de haber juntado las dos puntas, las “tijeras” todavía son importantes. La guerra de hoy, si se nos obligase, no sería una lucha a pequeña escala sino lo que los manuales llaman una “gran guerra”, es decir una guerra que arrastra a millones de combatientes y que duraría meses y meses. Ello significaría un monstruoso golpe descargado sobre nuestro desarrollo económico y cultural y, por supuesto, un golpe económico y cultural no menor contra el desarrollo de Polonia. En general es extremadamente duro ahora predecir cuáles serían las consecuencias de tal guerra que arrastraría a otros muchos países, pero existe el peligro de que en esta guerra se pueda anegar en sangre y ruinas a la revolución alemana. Ante todo, tenemos interés en que la clase obrera alemana resuelva sus problemas por ella misma, con sus propias fuerzas, en un ambiente de paz exterior de forma que la guerra civil en Alemania no se transforme en una guerra imperialista a su alrededor. Por ello todos nuestros esfuerzos, los de nuestros diplomáticos, tienen que estar dirigidos hacia la defensa de la paz, hacia su defensa hasta el final. Es difícil decir si se logrará porque, probablemente, uno de estos días, pronto o tarde, las contradicciones que existen en Europa conducirán a un conflicto internacional sangriento; pero la defensa de la paz y salvar a la revolución alemana, y a nosotros mismos, de la guerra por el mayor tiempo posible es una de las más importantes tareas de nuestro estado. Por ello es completamente falso decir, como dicen algunos, de forma filisteas, en círculos filisteos, que de cualquier forma combatiremos contra Polonia. No es así como se plantea la cuestión. Hay que decir que si la planteamos así el obrero de base y el campesino no nos comprenderán. Repito, la guerra no se presta a la risa, y lanzar a la guerra hoy en día a millones de obreros y movilizar a centenares de millares de caballos y carretas campesinas, hacer todo ello sin una absoluta necesidad, sería pura locura y un crimen muy grave. Hablar de entrar en guerra sin el apoyo de la clase obrera alemana es una abstracción. Ningún medio mejor de sostener a la clase obrera que asegurarle su avituallamiento en trigo (lo que haremos obteniendo el derecho de tránsito por Polonia). El mejor apoyo para la clase obrera será para Polonia no golpear Berlín o Poznan y ese apoyo se lo daremos si obtenemos de Polonia un compromiso mutuo de abstención de toda intervención armada en los asuntos alemanes. Es nuestro programa y lo llevaremos a las masas, a los obreros y campesinos de los dos sexos, a fin que comprueben que no traicionamos a los obreros alemanes, que hacemos todo lo que podemos para salvarles, pero bajo la forma que es útil y necesaria para ellos: que combatiremos con todas nuestras fuerzas y recursos para preservar la paz, ¡hasta el extremo límite de las posibilidades! He aquí nuestro programa. ¿Está garantizado su éxito? Ignoramos cómo se reflejarán en Francia los acontecimientos en Alemania, en Polonia, etc. No sabemos qué límite habrá en ella para el aventurerismo, la sed de sangre y el gusto por el pillaje de las clases dominantes de los diferentes países. En consecuencia, no podemos garantizar de antemano a nadie, a las masas de ese país, que los actuales acontecimientos no lleven a un conflicto sangriento y decimos que es necesario prepararse para ello. Si se estima en al menos un 35% las posibilidades del peligro de guerra, será necesario estar presto para el 100% pues, si el destino se demuestra después de todo como

un destino de sangre, no debemos ser vencidos. Pero, en esta preparación, un factor muy importante es la preparación ideológica, de nosotros mismos y de las clases obreras que marcharán tras de nosotros y con nosotros. Todo ciudadano de este país debe entender claramente nuestra política. Y esta no es un apolítica de juego ligero con la guerra, el fuego de un conflicto europeo: por el contrario, es una lucha política sistemática, encarnizada, sostenida y consistente, para preservar la paz alrededor de la revolución alemana y necesitamos, camaradas, ver que las amplias masas de nuestro país, al mismo tiempo que el gobierno y los diplomáticos, viven paso a paso todas las etapas de la revolución alemana en la situación internacional a fin que puedan reflexionar seriamente en todas las medidas, todas las iniciativas, tomadas por el poder soviético tendentes a asegurar la paz a través del mutuo compromiso para no interferir en los asuntos alemanes. Si alguien se dirige a un campesino (planteo la cuestión en su forma más simple), en alguna parte en la Provincia de Penza donde no se sabe muy bien qué eso de Alemania ni donde está, diciéndole: “Camarada, o campesino, vamos a hacer la guerra contra Polonia por los obreros alemanes, danos una carreta, un caballo y tu trigo”. Ese campesino no os comprenderá y se separará de vosotros. Pero supongamos que se le muestra, de manera práctica que, en un combate a favor de los obreros alemanes, nos batimos por sus intereses, porque él necesita exportar esos granos y recibir de Alemania productos industriales, y que, con esta presión pacífica, con esas negociaciones, etc., no olvidándonos de tomar ninguna medida, ninguna iniciativa, llegaremos a solucionar ese problema pacíficamente. Pero supongamos que no lo logramos, que Polonia deviene una barrera entre nosotros y Alemania. Si las clases dirigentes de Polonia osan hacer una tentativa mortal y suicida para asfixiar a los dos pueblos que están separados por Polonia, los alemanes y nosotros, entonces es inevitable que se produzca la guerra bajo estas condiciones: nos vendrá impuesta contra nuestra voluntad, contrariamente a todos nuestros esfuerzos, ello probaría a cada campesino (no hablo de los obreros) que el destino histórico es que nosotros, con ellos y encabezándolos, hemos hecho todo lo posible para ayudar a los obreros alemanes con medios pacíficos. Aquí reside, camaradas, la más importante garantía de éxito en estas pruebas históricas difíciles, en la guerra, cuando el pueblo atraviesa conscientemente toda una época de preparación, cuando comprende que tratamos de salir del anillo de sangre que nos asedia, hacer todo para asegurarle al campesino la posibilidad de ese desarrollo económico pacífico que se le ha mostrado a título de perspectiva en la Exposición de Agricultura, y también al obrero que tiene que elevar el nivel de nuestra industria. Digo que, si después de que hayamos hecho todos esos esfuerzos sinceros y honestos, las masas están de acuerdo con nosotros y si incluso estalla la guerra, no habrá división entre el gobierno obrero y campesino y la clase obrera, o entre la clase obrera y el campesinado. Entonces, el inmenso bloque formado por este país revolucionario se dirá: no hay otra salida. Vamos a combatir, a combatir bien y a vencer a nuestros enemigos.

Edicions Internacionals Sedov

Serie: Trotsky inédito en internet y en castellano



[germinal\\_1917@yahoo.es](mailto:germinal_1917@yahoo.es)